

Francisco Blanco

KHOBA

Novela

Este libro es especialmente dedicado a mi Ximenina

Ce livre a été publié sur www.bookelis.com

ISBN : 979-10-227-2326-8

©Francisco Blanco, 2008

Tous droits de reproduction, d'adaptation et de traduction, intégrale ou partielle réservés pour tous pays.

L'auteur est seul propriétaire des droits et responsable du contenu de ce livre.

PRÓLOGO

La Tierra, nuestra Tierra, está viva.

Como todo ser vivo, está en constante mutación. Desde la roca fluida de los orígenes hasta nuestros días, no dejó de enfriarse, de agrietarse y de modificarse.

Sus transformaciones se hacen unas veces despacio y silenciosamente: como los numerosos cambios en la composición de la atmósfera, y otras veces de la manera más brutal, con erupciones volcánicas y terremotos.

De manera interminable, su corteza ondula, sus placas deslizan una sobre la otra o chocan entre sí, en la continua búsqueda de un mejor equilibrio. Sus sobresaltos, que tienen muchas veces magnitud de cataclismo a escala humana, sólo son evoluciones mínimas y necesarias para la dimensión planetaria.

Los volcanes son precisamente las válvulas de seguridad, por las cuales la presión acumulada por el magma, dentro del planeta, puede escaparse. Es una suerte que así sea. Sin los volcanes, el planeta habría estallado como una granada desde hace mucho tiempo,

esparciendo sus pedazos como otros tantos asteroides.

La Tierra, esta formidable astronave, nos lleva a todos en su superficie, arrastrada por el Sol que sigue su carrera a través del espacio.

La Tierra, nuestra Tierra, está viva.

1 - DESCUBRIMIENTO

La cuerda se extendió violentamente, tensándose al máximo.

El hombre, arrojado hacia atrás, cayó sobre sus nalgas, soltando una maldición. El cabestro delante de él se estiró a su turno. El primero de cordada dejó escapar un gruñido angustiado, inclinándose hacia adelante para que su cuerpo no se caiga hacia atrás. Los clavos de los zapatos de escalar se incrustaron en el hielo, derrapando un poco antes de estabilizarse.

A duras penas, dio la vuelta y agarró la cuerda tensa con sus dos manos, gritando al que se había caído:

— ¡Rápido Ben, levántate! ¡No resistiré mucho tiempo!

Ben se incorporó y retuvo la cuerda con ambas manos, aliviando a su amigo que pudo recobrar aliento.

— Ben, escúchame: voy a avanzar un poco y a sostener a Bjørn. Tú, vas a anclar tu piolet en el hielo justo detrás de mí, luego hundirás el mío a cincuenta centímetros del tuyo y fijarás la cuerda. ¡Date prisa!

Ben se apresuró. Una vez enredada la cuerda bajo la forma de dos “ocho” cerrados por un rizo entre los dos picos de escalar clavados sólidamente en el hielo, el cabeza de cordada relajó sus músculos. Ambos compañeros se precipitaron al borde de la grieta por donde desaparecía la cuerda tensa y oscilante.

— ¡Bjørn! ¡Bjørn, responde!

Estaban alargados boca abajo sobre el hielo. Mike Sullivan exploró en su mochila y sacó una poderosa linterna que dirigió hacia el precipicio. Un cuerpo oscilaba en el vacío a tres o cuatro metros por debajo del borde.

— ¡Bjørn! Exclamó Ben.

Se tornó hacia Sullivan.

— No contesta. Crees que esté... ¿muerto?

— No. Nada permite decirlo. Debemos...

Precipitadamente, Ben se levantó y dijo agarrando la cuerda:

— ¡Remontémoslo, rápido!

— ¡Espera! Vociferó Mike para dominar el ruido que hacia el viento al tiempo que arrojaba su cuerpo hacia atrás.

¡Demasiado tarde! El suelo, frágil al borde del hoyo, se hundió llevándose a Ben y una porción de hielo. La caída se paró en seco. El primer piolet de seguridad se inclinó fuertemente pero resistió, estaba anclado profundamente.

Mike no había soltado la lámpara. Se acercó al socavón, arrastrándose sobre el hielo. Apuntó el haz de luz hacia abajo.

— ¡Ben! Gritó el jefe de la expedición.

— Ya, ya, ¡toy bien. Un poco atontado, pero estoy bien. Perdóname Mike, hice una tontería.

Benjamín tenía la voz cansada, Sullivan masculló:

— ¡Y que lo digas!

Bjørn Palmar se mecía, inconsciente, más o menos a la misma altura que Ben, detrás de su espalda. Mike preguntó:

— ¿Cómo está Bjørn?

Ben se retorció hasta ubicarse al frente de su amigo. Bjørn tenía la barbilla contra el pecho. Un hilito de sangre le pintaba de rojo el cuero cabelludo.

— Sangra del cráneo, parece poca cosa. Probablemente un bloque de hielo lo habrá golpeado en el momento del hundimiento.

Mike Sullivan interrogó:

— ¿Puedes sacar tu linterna de mano para alumbrar a tu alrededor?

— Voy a intentarlo.

Benjamín liberó su linterna con el extremo de sus guantes. La posición era inadecuada y la toma mala. La lámpara deslizó hasta el borde de sus dedos. Así como brotaba en el aire, la recobró in extremis gracias a un desesperado movimiento de la mano izquierda. Ben lanzó un enorme suspiro de alivio.

— La tengo.

La encendió y dirigió la luz hacia los lados.

— Esto parece ser una especie de cueva de hielo, Mike. ¡Hay una cornisa, allí!

Sullivan dirigió su antorcha hacia la derecha, alumbrando una saliente, de aproximadamente un metro cincuenta de ancho, que se perdía a lo lejos. Alumbró más bajo, la escarpada cornisa era maciza, no se notaba ninguna falla en el hielo.

— ¿Piensas que podrías alcanzarla, Ben?

— ¿Por qué?

Mike Sullivan suspiró.

— Porque, triste idiota, yo no soy lo bastante fuerte para izaros a vosotros dos, más esos dos sacos que pesan unos treinta kilos cada uno ¡Ahí tienes el por qué! Si puedes alcanzar la cornisa, subiré primero los sacos, luego Bjørn, y luego tú.

— ¿Por qué primero los sacos?

— ¡Ben! ¡Por Dios! ¡Es elemental! Porque si te subo a ti primero, no quedará nadie para enganchar los sacos y necesitamos el material que contienen, la borrasca de nieve anunciada se está anticipando.

Como para subrayar lo que decía, el viento aumentó llevándose un grupo de copos de nieve.

— O.K.

Ben se contoneó al final de la cuerda durante un largo minuto. Sus pies arañaron el

borde de la saliente y resbalaron. Su cuerpo se impulsó otra vez hacia atrás.

Sullivan, que seguía la escena, le dijo:

— ¡Un momento! Fíjate en la muñeca de Bjørn.

Un destello de luz centelleaba en la oscuridad relativa. Mike siguió con la lámpara el balanceo de ambos cuerpos.

— ¿Su piolet? Preguntó Ben.

— ¡Exactamente! Se pasó la correa alrededor de la muñeca. Tienes que recuperarlo, te permitirá agarrarte más fácilmente al hielo.

— Lo intento.

Mientras Ben hacía contorsiones, Mike enviaba sus consejos:

— ¡No trates de apoyarte de la primera, sino trata de apoyar primero los pies sobre la pared para que te impulses con más fuerza, una o dos veces!

— ¡Listo! ¡Yeah! ¡La tengo!

Benjamín Portier, el joven suizo, mostró su júbilo blandiendo triunfalmente el pico de escalar como un trofeo bien merecido al término de una hazaña excepcional.

Ben vio acercarse la pared a la luz de su antorcha. Levantó sus rodillas, apoyándose y dio un impulso violento. Hizo esta operación una y otra vez.

Después del tercer empujón, lanzó adelante su brazo armado con la piqueta emitiendo una fuerte exhalación.

— ¡Hahh!

El pico de acero se incrustó en la pared con un chirrido que resonó en la caverna. Portier tiró fuerte y ambos cuerpos dominaron la cornisa de hielo.

— Descuelga su mosquetón primero, le gritó Sullivan.

Ben desenganchó su compañero con una sola mano, reteniéndose al piolet con la otra. Palmar se abatió como un saco de patatas. El cuerpo inconsciente rodó una vez por inercia y luego se inmovilizó, balanceando el brazo derecho al borde del vacío. Portier, que había contenido su respiración exhaló, aliviado.

Se desprendió y se juntó a Bjørn, cayendo pesadamente. Se arrodilló y acercó su oreja de la boca del joven sueco inconsciente.

— ¡Respira! Gritó alzando la cabeza.

Mike Sullivan respiró también.

— Alcanza la cuerda con el pico y átale uno de los sacos.

* * *

La nieve caía oblicua y densa, empujada por las ráfagas de viento.

Ambos sacos y Bjørn Palmar yacían en el glaciar. El irlandés Sullivan gritó para dominar el ruido del viento:

— Solo faltas tú, ¡cabeza de chorlito! Anda, ¡apresúrate! La nevisca ya está aquí y todavía tenemos que armar la tienda de campaña antes de poder descansar.

— ¡Ya voy!

Benjamín Portier dio la vuelta a la cornisa. Tropezó y resbaló, estrellándose contra la pared.

— ¡Deja ya de hacer al payaso y date prisa!

— Podrías al menos preocuparte si me hecho algún daño, refunfuñó el suizo levantando la cabeza y dirigiendo su linterna de mano hacia la pared.

Una fría mirada lo observaba a través del hielo.

Chilló con espanto.

* * *

El CEIC daba una conferencia de prensa en Bruselas.

Detrás del pupitre, el profesor Luciano Mazzo estaba excitado como un colegial. Le gustaba su oficio. Le encantaba tener protagonismo y, como portavoz del CEIC, se sentía henchido de satisfacción. Su labia, su acento, sus gestos y la manera que tenía de echarse el cabello hacia atrás lo convertían en la delicia de las damas y lo sabía perfectamente.

Fijó con la mirada a la cámara más cercana.

— Señoras, señoritas y, ¡Ejém! Señores: lo que el Centro Europeo de Investigaciones Científicas va anunciarles hoy es muy simple.

Midió el efecto que hacían sus palabras, dejando un espacio en blanco en el discurso y las ansias en el auditorio.

— Se trata simplemente del descubrimiento arqueológico mayor de todos los tiempos.

Un rumor de descontento gruñó en el auditorio.

— ¡Otra vez!

— Ya, eso es.

— Claro que sí.

— Uno más, ¿no?

— ¿Acaso descubrieron el Santo Grial?

— Jajaja...

El vocero se aclaró la garganta con un carraspeo y esperó que el silencio regrese antes de continuar.

— Después de un accidente de montaña, un equipo de tres alpinistas halló, en una cueva en el fondo de un glaciar de la cordillera del Himalaya.

Dejó otro espacio de silencio.

— ¡Deja ya tus efectos ridículos y termina de una vez! Exclamó una voz irritada que venía del fondo de la sala.

El profesor se incorporó, ofendido, y continuó:

— En una cueva himalayense, pues, han sido descubiertos los cuerpos de un joven hombre y un niño de menos de dos años, presos del hielo. Podrían ser las muestras más antiguas del Homo Sapiens descubiertas al día de hoy y los únicos cuyo estado de conservación es perfecto. Según el espesor de las capas de hielo en ese lugar, los cuerpos tendrían cerca de ochenta mil años. Un equipo, autorizado por el CEIC, va a ser enviado para...

Un griterío indescriptible resonó.